

Poeta de paseo

El bus de las ocho

Como cada día a veces incluso a la carrera, desbocada, con mi melena al viento subo al autobús. Muchas veces jadeante aún por las prisas. Estoy acostumbrada. Corro y corro. Todo lo hago así para llegar a la oficina. Allí por fin cojo aliento y me recupero, liberándome.

Es una suerte tener un trabajo como el mío. Puedo vivir aunque no dé para mucho, llevo una vida cómoda a la que me he hecho rápidamente. Como si no cupiera en otra vida.

No sé qué edad tengo. Pongamos que no tengo edad. No importa. Llevo haciendo las mismas cosas mucho tiempo. No creo haber cambiado demasiado. Si lo he hecho ha sido como todo lo que me rodea. Por eso no me importa.

Hoy estoy aquí sentada. He cogido el autobús de las ocho para volver a casa.. Siempre cojo el autobús de las ocho...he corrido. Como cada día. Esta ruta entraña parte de mis sueños, parte de mi vida. Como todas las tardes hoy en la ventana de la derecha está. Lo veo. Hoy va sentado. Lleva esa camisa a cuadros un poco grande que le conozco y la mochila encima de las piernas. Hoy se ha afeitado y parece serio.

Coincido con él desde hace unos tres años, creo...

Vengo observándolo desde entonces. Nunca nos hemos encontrado en otro lugar. No sé de dónde viene ni dónde vive. Siempre me bajo antes que él y no he tenido la osadía de esperarme para ver dónde está su parada.

Creo que nunca me ha visto.

Me muero de ganas de hablarle. He escuchado su voz. La conozco y me gusta. Igual que sus manos y su piel. Vive solo. Lo veo en la cantidad de comida envasada que se le transparenta a veces en la bolsa cuando hace la compra.

Hoy no ha comprado y mañana es fiesta, de nuevo. Mientras lo miro me doy cuenta de que pronto tendré que bajarme. Hoy no podrá ser. Me pregunto qué planes tendrá mañana y por qué no coincido con él en alguna otra parte.

Tendré que esperar otro día, otra carrera, otra tarde de trabajo.

Aquí, desde donde voy sentada, esta fila de la ventanilla izquierda que procuro cada día, todo cambia lentamente. Veo el paso del tiempo en mis zapatos y en mi ropa... o empiezo a advertir las costuras deshechas en mi bolso.

Quizá deba levantarme, cuando haya poca gente. No sé. Decirle algo. O sentarme a su lado. Me pregunto si seré capaz de romper alguna vez esta rutina. Hablarle. No será para tanto. Hablo con mucha gente desconocida cada día en mi trabajo. Seguro que él también.

Hoy no me he podido retocar en el lavabo, no sé ni qué aspecto tengo.

Me levanto, tengo miedo a bajarme del autobús y que un día desaparezca para siempre. Tengo miedo de hablarle...

Hoy quizá. ¿por qué no? ¡Vamos!.